

POESÍA

La greda que vuela

Marjorie Agosin describe en sus versos el "pequeño Chile"

POR ANA MARÍA FOXLEY

"Conchalí es un lugar donde hay gente de verdad", afirma Marjorie Agosin y se interna por los caminos de la poesía, no invocando su nombre en vano.

Poesía vital, espontánea, impregnada de aire, optimismo e ironía, el texto *Conchalí*, de Senda Nueva de Ediciones de Nueva York, habla de los lugares, de lo más íntimamente chileno, de objetos, situaciones y personas inmersos en lo absurdo y lo real que puede tener lo cotidiano, el olor de la tierra, el mío de lo popular.

Hija de un científico chileno, Marjorie Agosin vivió en Chile hasta los doce años y luego viajó con su familia a Estados Unidos, donde siguió el destino de algunas estudiantes norteamericanas. College, universidad, título de Master y de Doctor, profesora de literatura latinoamericana en la U. de Indiana. Cada cierto tiempo vuelve a Chile, su otra patria, su otro yo. "Nunca me pude separar de Chile, de su gente. Me interesa destacar los valores de la gente humilde", confiesa.

Y así lo hace en tono coloquial: "Descalza barre y borda / la Antonia Pérez / robusta empujadora del adobe / En sus ratos de ocio / entre el pan y / las teteras recibe a los extranjeros / con el solo fin de preguntarles / ¿y ustedes siempre se han llamado así?".

En sus ratos de ocio / entre el pan y / las teteras recibe a los extranjeros / con el solo fin de preguntarles / ¿y ustedes siempre se han llamado así?".

Besos y zancudos

Fernando Alegria, profesor de literatura en la U. de Stanford, escribe: "Su poesía es de greda pero vuela, rompe

las aristas del discurso poético y canta, desordena la ciudad, corta las amarras de Isla Negra, deja que los muebles y utensilios bailen su danza de la vida, cubre a viejos colegas como una sobrecama de arena azul, esconde camisetas, les da cuerda a antiguos sombreros de verano, saca plumas a relucir y, también frutos del país, es una poesía familiar y dulce y que quisiera ser, como un temblor, trastabillante".

Quiere develar y revertir los mitos y convenciones: "Permítanme / no pedir permiso / para la legalidad / del beso / o / enroscarme / los pies con un / anciano y noble señor. / Nadie obtiene licencias / para matar zancudos / o envenenar ratones sonámbulos / o soñar con vestirse de chino". Satiriza y asume la condición femenina, agrediendo suavemente: "La señora / la adúltera / acompañando a señores de edad / entre los desayunos /", dice en *La señora*. "En la legalidad / de la cama / dos veces por semana / a las tres de la tarde / la Antonia Pérez ama", sigue en *Matrimonio*. "No se preocupe tanto / señora / de regar las plantas /, sacudir el despertador / planchar los calcetines / y elegir calendarios mensuales", invita en *Recetas de cocina*.

Usa el lenguaje de la antipoesía pero le quita el tono nihilista; "Quise ponerle humor a la poesía que hacen las mujeres,

que generalmente ha sido solemne y trágica", traduce. Y expone su posición feminista: "Normalmente a la mujer se la ha considerado la musa de los poetas; yo quiero cambiar este rol de sirviente, de adúltera, de dueña de casa; liberarla y hacerle tener humor frente a sí misma". Marjorie Agosin, en su vida y en su poesía, defiende la liberación personal: "Hay que arrancarle al miedo, no ver el mundo desde una reja. Porque la mujer latinoamericana no hace más que esperar al marido, a los hijos, y se olvida de quién es ella".

Ni isla, ni negra

No le ha sido fácil hacerse respetar, a pesar de que en Estados Unidos hay tribuna para los jóvenes creadores: "Hay allí mucho respeto por el talento de la gente joven: aquí uno tiene que gritar; allá si eres bueno, llegas". Y abunda: "Para que aquí en Latinoamérica la respeten, uno tiene que valer el doble que un hombre. Y a veces ni siquiera sucede eso: los críticos son benevolentes con las escritoras mujeres porque piensan que, al fin y al cabo, no les van a hacer daño a ellos".

Reconoce la influencia de Parra, de la poesía beat, de la de Allan Ginsberg, de la obra de Virginia Woolf, de la temática de Doris Lessing y del lenguaje rítmico y oral de la poesía negra, sobre todo de Gregory Corso, poeta de Nueva York. Identificada con un movimiento de escritoras norteamericanas jóvenes, asiste a recitales abiertos, publica artículos en revistas universitarias, concurre a simposios. También admira y se deja llevar por el lirismo sencillo de Violeta Parra: A ella le dirige un poema: "La Viola no busca héroes / para armar / la canción / Con palos / martillos / cenizas / presta al mudo la voz". Y en *Curriculum vitae*, se desnuda irreverente: "Profesión / Durante los inviernos / maestra del luto / en los otoños / institutriz de señores medievales / Verano: / recopiladora de cuadernos caracoles / reseñas -viajera- en bicicleta robadas / débil -soñadora- hechicera. / Publicaciones: / semiología del orégano: Una revolución / etimología estructural de la prostitución / las huellas en las obras literarias...".

En este tono le canta al paisaje y se revela, agazapada y sensible, desde los rincones que para ciertos intelectuales se han transformado en lugares míticos. Lo hace en *Canto a los profesores de literatura en los Estados Unidos*: "Les contaré que / Isla Negra / no es isla ni / es negra / tampoco San Remo / ni la estatua de la libertad / Es un pueblo cerca de San Antonio / en la quintísima región / donde se come se borda y se baila / y a las cinco de la tarde / se hace el amor (...). La Isla Negra / no es Isla / ni es negra / es una caleta / donde soñábase / con los poetas".

Marjorie Agosin: arrancándole al miedo



AUTORÍA

Foxley, Ana María, 1946-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La greda que vuela [artículo] Ana María Foxley. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile